

Ejido, café y caña.

Política y cultura campesina en el centro de Veracruz*

Además de constituir una aportación acerca de procesos materiales, historias y problemas que caracterizan a las sociedades rurales del centro de Veracruz, el libro es una magnífica contribución para entender, en el contexto de la globalidad neoliberal, las maneras difíciles en que los campesinos o los actores rurales en México tratan de darle sentido a sus vidas y con ello construir sus propias historias.

La aportación de la obra a los estudios regionales radica principalmente en mostrar la relación estrecha entre la formación del Estado posrevolucionario en México y la activación, fundamentalmente a través de la creación del ejido, de comunidades políticas que fueron marcos propicios para el desarrollo de formas de sociabilidad y subjetividades. Como lo demuestra la autora, las identidades, las organizaciones locales y las prácticas de trabajo, así como los vínculos entre familias, parientes y vecinos se fueron constituyendo y reconstituyendo, unas veces en consonancia con los discursos y las prácticas del

Estado, otras en oposición a ellas, para moldear finalmente una cultura local que proveyó argumentos siempre cambiantes para afirmar la posesión sobre la tierra, sancionar derechos locales o conferir poder.

Dentro de estos dos grandes aportes podemos apreciar la importancia del enfoque que construye la autora y sus ideas para enriquecer los estudios agrarios en México, los cuales están urgidos de nuevas orientaciones e interpretaciones, más acordes con los dilemas y las contradicciones abiertas en esta fase histórica. Sobre estas cuestiones quisiera detenerme y concentrarme, particularmente en torno a la revaloración que la autora hace por escribir relatos "desde abajo" sin caer en el falso romance con la resistencia.

Esta cuestión me parece oportuna porque estamos ante un libro que delinea bien lo que a mi juicio es el futuro de la antropología. Por una parte, la práctica antropológica en buena medida se sustenta en lograr narraciones sobre los "Otros", poblaciones ancestrales cuyas particularidades descansan en las esencias de sus culturas, inmutables a lo largo del tiempo. Así, estudiar a los Otros en México en estos días supondría la

* María Cristina Núñez Madrazo, *Ejido, café y caña. Política y cultura campesina en el centro de Veracruz*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2005.

observación de comunidades rurales o indígenas que han escapado, pese a los embates de la modernización, de los procesos globales y, por lo tanto, conservan la naturaleza de ser objetos irreductibles a la lógica de la historia global. Entonces, bajo esta perspectiva el espacio reservado al Otro puede correr el riesgo de ser llenado con interpretaciones de simples seres contemplativos y reproductores de sus propias culturas, y no como hombres y mujeres sujetos de esa misma historia.

El libro de Cristina Núñez, a lo largo de cuatro capítulos, logra transmitirnos justamente esta última idea. En el primer capítulo ella reconstruye una historia antropológica de Chiltoyac. Toma como punto de partida las imágenes históricas producidas por los moradores de este sitio desde su presente. Núñez logra establecer cómo el surgimiento del campesinado regional estuvo fuertemente vinculado a las ideologías y prácticas del agrarismo oficial. No obstante, en la formación del ejido, las personas con derecho a tierra emergieron dentro de configuraciones regionales de poder donde estas cuestiones se negociaron y disputaron entre vecinos, líderes, y burócratas. Bajo estos procesos, la historia tal como la ven ahora los moradores de Chiltoyac es una historia de pesares y luchas por lograr obtener la tierra que

garantizara el sustento diario y la existencia de la misma comunidad. Por eso mismo no es una historia “verdadera”; se trata de una historia que contiene sus propias celebraciones y silencios.

El segundo apartado, es una relación entre procesos presentes y pasados. Para los moradores de Chiltoyac las tierras ejidales son el patrimonio de sus familias y el ejido en su conjunto representa la apropiación colectiva que ha hecho la comunidad de una creación de las políticas centralistas y verticales del Estado. De este modo, las reformas neoliberales en materia agraria que contemplan regularizar la propiedad dentro del ejido—incluso facilitando la venta y renta de tierras a vecinos y fuereños—, eliminar el reparto agrario y reorientar el sentido de la organización ejidal, se topan ahora con una comunidad celosa de los significados arriba descritos y con la reticencia de autoridades locales que se han erigido en sus gestores. Sin embargo, estas cuestiones están inmersas en la tensión entre el carácter individual y el carácter social de las tierras ejidales, no exclusiva por lo demás de este ejido sino de muchos otros, tal como nos deja ver la comparación que hace la autora con otros casos en el país. Dicha tensión da pie a prácticas de favoritismo por parte de los dirigentes ejidales hacia parentelas o amigos, for-

talece la desigualdad perdurable de género —donde se favorece la posesión de tierra a los hombres en lugar de a las mujeres— y genera categorías locales —ejidatarios *versus* comuneros— que reproducen también cotidianamente desigualdades sociales. En este contexto, la organización ejidal está perdiendo centralidad. No obstante, supone la autora, su papel de instancia política y forma de representación comunitaria crecerá en buena medida por las relaciones históricas que ha establecido con el Estado y la producción agroindustrial de caña y café.

En el tercer capítulo la autora explora las diversas estrategias de los campesinos de Chiltoyac para ganarse la vida con la intención de demostrar su ambigüedad: resuelven los imperativos necesarios para lograr la reproducción material y social de la familia y de la comunidad campesina, al mismo tiempo que integran el trabajo a la economía capitalista. Para lograr esto, Núñez describe la integración de hombres y mujeres a distintas actividades económicas y su relación con formas de organización y prácticas socioculturales. Así, nos narra cómo un pueblo de artesanos y sembradores de milpa se inserta a las lógicas y dinámicas de mercancías capitalistas. Esta parte es interesante porque constituye una excelente aproximación a cómo localmente los campesinos se

han relacionado con la expansión de los cultivos de caña y café, la intervención del Estado, el desarrollo de gremios políticos nacionales y la desregulación y crisis del sector agrícola en el país. Por consiguiente, el cuadro que al final destaca la autora es uno donde, en el contexto de la globalidad neoliberal, pocos campesinos pueden seguir insertándose con éxito en los mencionados procesos productivos. De ahí que al final quede una idea poco romántica de la comunidad. Si la gente desea seguir sembrando caña y café tienen que invertir sus propios recursos y capitales. En este sentido, la migración, incluso internacional, se ha convertido en una nueva estrategia, lo que demuestra finalmente que los campesinos están inmersos también en procesos globales de trabajo y formación de clases.

El último capítulo es reservado para presentar mediante la voz de una mujer, Aurora, la historia de su familia y su relación con procesos fundamentales para definir las identidades de la gente de Chiltoyac. Aquí la autora recurre a un recurso metodológico que permitió un conocimiento directo y detallado de vidas y experiencias de distintos actores. Además de encontrar ricas apreciaciones subjetivas, las voces de Aurora y otras personas, sus historias y testimonios, hacen alusión a

“hechos reales” u objetivos, asociados a procesos de construcción histórica. También el capítulo, en términos narrativos, subraya y cierra la perspectiva seguida por Núñez a lo largo de la obra para entender “desde (mero allí) abajo”, como dice John Gledhill, las relaciones de producción y reproducción social.

Finalmente, el trabajo de Cristina Núñez tiene que ser apreciado por su búsqueda afanosa por entender el lugar que guardan hoy los campesinos en un mundo de acelerados cambios. Por consiguiente, sus visiones sobre

las realidades que viven, los significados otorgados a su trabajo y tierra, las contradicciones en las que están inmersos pueden ayudar a cualquier lector a considerar sobre qué nociones y prácticas surgen conceptos locales como los de autonomía, derecho, reciprocidad. Cualquier intento por lograr una vida más justa y democrática requiere conocer tales cuestiones.

Francisco Javier Gómez Carpinteiro
Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla